

Condición juvenil en sociedades adultocéntricas*

Fecha de recepción: 14 de diciembre de 2012

Fecha de aceptación: 23 de mayo de 2013

Juan Carlos Amador**

Resumen

El presente trabajo analiza la emergencia de la condición juvenil en Colombia a partir de la consolidación de la sociedad adultocéntrica relacionada con el despliegue del capitalismo transnacional y el neocolonialismo. En la primera parte se hace un recorrido por la conformación de este tipo de sociedad mediante el análisis de los sistemas de desigualdad y exclusión, y la circulación de narrativas sobre los jóvenes asociadas con la preparación, el consumo y su peligrosidad. En la segunda parte se propone el término *joven-sacer*, basado en los planteamientos de Agamben sobre la nuda vida y el poder soberano, para mostrar sus modos de subhumanización. Finalmente, se plantea la necesidad de repensar la relación entre instituciones y jóvenes con el fin de construir otras opciones de existencia para estos sujetos en el tiempo presente.

Palabras clave: condición juvenil, sociedad adultocéntrica, joven-sacer, reinención de las instituciones.

* Este trabajo se deriva de la investigación titulada *Jóvenes y derechos en la acción colectiva: narrativas y experiencias de organizaciones juveniles en Bogotá, Colombia* (Ipazud, Personería de Bogotá, 2011-2012).

** Profesor asociado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, Colombia. Investigador del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud). Bogotá, Colombia. jcarlosamador2000@yahoo.com

CÓMO CITAR: Amador, J. C. (2013). Condición juvenil en sociedades adultocéntricas. *Tendencias & Retos*, 18 (2), 141-156.

The Situation of Youth in Adult-Centered Societies

This paper analyzes the emergency of the youth situation in Colombia based on the consolidation of the adult-centered society, related to the unfolding of transnational capitalism and neocolonialism. The first section goes through the conformation of this type of society, by analyzing the inequality and exclusion systems, and the circulation of narratives about young people associated with preparation, consumption and dangerousness. In the second section, the term *joven-sacer* is proposed, based on Agamben's approaches to bare life and sovereign power, to show the forms of subhumanization. Finally, the need is raised to rethink the relationship between institutions and youths in order to build other options of existence for these individuals in present time.

Keywords: Youth situation, adult-centered society, *joven-sacer*, reinvention of institutions.

Condição juvenil em sociedades adultocêntricas (centradas no adulto)

O presente trabalho analisa a emergência da condição juvenil na Colômbia a partir da consolidação da sociedade adultocêntrica, relacionada com o desdobramento do capitalismo transnacional e o neocolonialismo. Na primeira parte se faz um percurso pela conformação deste tipo de sociedade, mediante a análise dos sistemas de desigualdade e exclusão, e a circulação de narrativas sobre os jovens, associadas com a preparação, o consumo e sua periculosidade. Na segunda parte propõe-se o término *joven-sacer*, baseado nas propostas de Agamben sobre a vida nua e o poder soberano, para mostrar seus modos de sub-humanização. Finalmente, propõe-se a necessidade de repensar a relação entre instituições e jovens com o objetivo de construir outras opções de existência para estes sujeitos no tempo presente.

Palavras chave: condição juvenil, sociedade adultocêntrica, *joven-sacer*, reinvenção das instituições.

Introducción

Soy una fábrica de humo, mano de obra campesina para tu consumo. Frente de frío en el medio del verano, el amor en los tiempos del cólera mi hermano. El sol que nace y el día que muere, con los mejores atardeceres.

Soy el desarrollo en carne viva, un discurso político sin saliva. Las caras más bonitas que he conocido, soy la fotografía de un desparecido. Soy la sangre dentro de tus venas, soy un pedazo de tierra que vale la pena. Soy una canasta con frijoles. Soy Maradona contra Inglaterra, anotándote dos goles.

“Latinoamérica” (Calle 13, 2011)

Las temáticas propuestas en el título de este texto incorporan dos ideas centrales: la condición juvenil, enunciado que busca expresar los modos de existencia de los sujetos jóvenes del tiempo presente (no siempre en la perspectiva de culturas juveniles o tribus urbanas), y las sociedades adultocéntricas, afirmación que alude a la existencia de un tipo de hegemonía social que evidencia una suerte de asimetría naturalizada entre la figura adulta y las de otros individuos, específicamente las de los niños, las niñas y los jóvenes.

Más allá de una reivindicación sobre los derechos de los jóvenes o la denuncia sobre sus modos de subalternización, este trabajo busca mostrar las diversas maneras de ser joven en un mundo contemporáneo, el cual articula estratégicamente capitalismo transnacional y neocolonialismo. Sin embargo, también pretende llamar la atención acerca de la necesidad de generar otros modos de relación entre las instituciones y los jóvenes.

Como se analizará más adelante, las instituciones buscan intervenir el cuerpo y la mente de estos sujetos bajo diversos propósitos.

Por ejemplo: convertirlos en cifras visibles de la política pública que los interviene; reeducarlos para que no le hagan daño a la sociedad dada su presunta peligrosidad; prepararlos para el mundo del trabajo (generalmente precarizado); proyectarlos como electores funcionales para sostener el *status quo*, y hasta convertirlos (intencionalmente) en cuerpos “dados de baja” para legitimar la efectividad de la política de guerra.

Varios de los planteamientos registrados son reflexiones del autor que proceden de algunas investigaciones adelantadas en el contexto de problemas sobre la inclusión social, la inclusión educativa y las acciones colectivas juveniles llevadas a cabo en el marco de nuevas formas de resistencia. No obstante, aunque lo expuesto aquí pueda acercarse a la realidad de otros jóvenes de la región, es importante precisar que el encuadre histórico y sociopolítico del análisis se centra en Colombia y sus difíciles acontecimientos de los últimos años.

El epígrafe no es un lamento ni una reivindicación esencialista. La canción del grupo Calle 13 (en asocio con la colombiana Totó la Momposina y la peruana Susana Baca de la Colina) expresa la realidad de los pueblos de las Américas: pese a una experiencia colonial sin precedentes en la historia de Occidente, es posible construir nuevas formas de habitar el mundo develando la influencia del capitalismo y el colonialismo en cuanto matrices de poder. Solo mediante el reconocimiento de esta realidad que naturaliza la violencia y subsume al otro como inferior dominado, será posible repensar unas instituciones no solo justas, tal como lo señaló John Rawls (2006), sino dignas y solidarias. Residente

(el vocalista del grupo) lo confirma así: “un pueblo sin piernas, pero que camina...”

1. Cambio de época: jóvenes en la era del capitalismo transnacional y el neocolonialismo

Es un maleante desalmado. Destruir es su obsesión, pues su alma consumida está por el dinero y el poder que este le da.

Con el apoyo de sus aliados rompen la tierra sin compasión.

Para sacarle de sus venas sangre negra, y con ella tanquear máquinas de guerra.

“Uy qué vaina” (Dr. Krápula, 2008)

Investigaciones enmarcadas en las ciencias sociales han mostrado cómo durante las últimas dos décadas se han precarizado las condiciones de vida de las poblaciones, tras la incorporación radical de las economías de mercado en la mayoría de los países del mundo. Sin temor a exageraciones, se trata de la consolidación de un modelo que empobrece a la mayoría y enriquece a sectores privilegiados. Sus bases están en la privatización, las reformas al Estado y el libre comercio (materializado en los actuales tratados de libre comercio).

Este tipo de capitalismo, también llamado de superproducción, tiene varios componentes que lo hacen efectivo: sectores financieramente robustos que ubican sus operaciones en países periféricos garantizando mano de obra barata, paraísos fiscales y grandes mercados; apoyo político a través de los tratados de libre comercio, los cuales favorecen la imposición de condiciones para la producción y distribución de sus bienes y servicios, y alianzas estratégi-

cas con sectores legales e ilegales, especialmente útiles para llevar a cabo actividades de explotación minera, apropiación de tierras y control de sindicatos. El consecuente proceso de precarización de este escenario es relatado por Arturo Escobar así:

Esta situación se ha agravado en los últimos veinte años por los sucesivos regímenes neoliberales. [...] Hoy, el 1,1% de los grandes propietarios controlan el 55% de toda la tierra cultivable (y alrededor de la tercera parte de esta puede estar asociada con el dinero de la droga). Más del 60% de la población colombiana tiene un ingreso por debajo de la línea de pobreza: 25% vive en pobreza absoluta, esto significa que sus ingresos son inferiores a un dólar por día (2005, p. 30).

Otra dimensión fundamental de este tipo de capitalismo es la incorporación del conocimiento como un medio (a la vez que mercancía) funcional para sus sofisticadas formas de acumulación. Particularmente, tras el enunciado “sociedad del conocimiento”, declarado por la Unesco en 1995, las organizaciones del mundo capitalista han generado formas de monopolio del conocimiento a través de políticas relacionadas con patentes, licencias y *copyright*. Esto hace que las investigaciones corporativas subsuman otro tipo de investigaciones del mundo científico, universitario y comunitario.

Actualmente, son las corporaciones las que financian la actividad investigativa en la mayoría de países del mundo. Por supuesto que dicha financiación está condicionada por la generación de productos de investigación que favorezcan los objetivos de mercantilización, bajo las reglas de juego del sector (capitalismo cognitivo, según Zuckerfeld, 2008). Por ejemplo, en el sector de hidrocarburos una corporación estaría interesa-

da en resolver un problema de la siguiente naturaleza: ¿Qué tipo de conocimiento favorece mejores formas de explotación en territorios de rápida degradación ecológica? O, en el sector agroindustrial, una preocupación central sería: ¿Qué factores bioquímicos pueden garantizar la sustitución de cultivos tradicionales por productos flexibles para la generación de biocombustibles?

En esta misma dimensión del capitalismo contemporáneo, la del conocimiento, también surge otro fenómeno. Se trata de la restricción progresiva de toda aquella información y conocimientos que circulan a través de la web. Sin embargo, en medio de los grandes problemas del tiempo presente, el ciberespacio se ha convertido en un escenario de resistencia y de contrahegemonías, dado el carácter expansivo de su interfaz y los niveles de apropiación que personas y grupos han ejercido para construir una nueva esfera pública (Valderrama, 2008).

Gobiernos y sectores hegemónicos han adelantado la aprobación de normas para regular y criminalizar a aquellos que utilicen y distribuyan contenidos digitales que tengan el carácter de propiedad privada (según empresas y corporaciones transnacionales). Como se observa, se trata de una estrategia para limitar las opciones de apropiación y de creación que, por la vía de la cibercultura, pueden generar las personas y grupos organizados (Levy, 2006). Sin embargo, volviendo al proceso de mercantilización del conocimiento para el desarrollo de las actividades corporativas, se puede concluir que ya no importan los principios de la ética empresarial ni la independencia de la universidad o de los centros de investigación.

Ahora universidad investigadora y mercado son socios estratégicos.

Los elementos expuestos de manera sintética hasta ahora, acerca del carácter antiético del capitalismo transnacional, además de coincidir con las hipótesis de varios autores que se han referido a las sociedades de control (Deleuze, 2006), la sociedad del riesgo (Beck, 2008) y la modernidad líquida (Bauman, 2000), constatan la emergencia de nuevas formas de colonialismo. Al respecto, sin necesidad de hacer una exégesis sobre la valiosa literatura atinente al poscolonialismo y la decolonialidad, cabe resaltar la hipótesis de Boaventura de Sousa Santos sobre una suerte de epistemicidio sistemático que convierte al capitalismo en neocolonialismo:

De las especies vegetales del mundo —35.000 de las cuales, por lo menos, tienen valor medicinal—, más de dos tercios son originales de los países periféricos y semiperiféricos. Más de 7000 compuestos medicinales utilizados por la medicina occidental son derivados del conocimiento de las plantas. [...] En síntesis las grandes empresas multinacionales farmacéuticas, alimenticias y biotecnológicas han venido, particularmente en la última década, apropiándose de las plantas y los conocimientos indígenas con una inexistente o mínima contrapartida para los pueblos autóctonos, procesando luego estas sustancias y patentando los procesos y al mismo tiempo los productos que a partir de ellas lanzan al mercado (Santos, 2003, p. 146).

Más allá de una denuncia o retórica antiimperialista, el neocolonialismo es uno de los fenómenos más complejos del siglo XXI. Sus bases no solo están en la explotación capitalista o en la generación de nuevas formas de mercantilización relacionadas,

por ejemplo, con la naturaleza y el conocimiento. Se trata de un suceso que articula la desigualdad (por la vía de la precarización de las condiciones de vida de las poblaciones) y la exclusión (expresada en formas de violencia en las que el otro —por ser diferente— es inferiorizado y hasta deshumanizado).

Mientras que el sistema de desigualdad está asociado con los modos de acumulación capitalista y las nuevas formas de división social del trabajo del capitalismo contemporáneo, el sistema de exclusión es un problema cultural-civilizacional en el que se reproducen las formas de dominación patriarcales, machistas, racistas, sexistas, clasistas y adultocéntricas.

Las dos operan de manera estratégica y configuran un poder hegemónico que se explicita de manera más clara en los países periféricos. Por ejemplo, un modo de articulación de los dos sistemas se expresa en las condiciones de vida de varios pueblos del Pacífico colombiano: “la distribución desigual del ingreso y de los recursos materiales se encuentra en la base del conflicto, la inestabilidad y la negación de la diferencia-igualdad” (Escobar, 2005, p. 125).

Los jóvenes en este contexto son asumidos por la cultura hegemónica a partir de tres grandes narrativas. La primera es la de la preparación, un relato que busca producir una especie de teleología en la que es fundamental prepararse para el trabajo (a destajo y precarizado) por la vía de la capacitación laboral o la educación técnica o universitaria. Se parte de explicar al joven como incompleto, en proceso de estructuración e inmaduro. Por esta razón, el mecanismo que ha de convertirlo en una

persona de bien (productivo y obediente) es una formación centrada en competencias (académicas, laborales, ciudadanas...).

Es importante recordar al respecto que las competencias, en la versión tecnócrata reciente, proceden de la doctrina del capital humano. Esta categoría plantea que el trabajo y el conocimiento, independientemente de quien lo ejecute, se constituyen en el activo máspreciado de la corporación. De este modo, expresiones como talento humano y gestión del conocimiento se convierten en la base de la división social del trabajo contemporánea. Para tal efecto, es necesario preparar (formar y educar) a la juventud a través de mediadores sociales claves, como las competencias, los desempeños, la productividad y el emprendimiento.

En la pedagogía crítica desarrollada por Shirley Grundy (1994), el proceso de adquisición del conocimiento siempre está acompañado de intereses técnicos, prácticos o emancipadores.¹ Cuando predomina la destreza, y esta se distancia de la reflexión y la deliberación (tal como ocurre con el enfoque de competencias y capital humano), la formación del niño o el joven queda anclada en la *tecné*, un singular proceso que instrumentaliza el conocimiento y convierte al sujeto en producto. Este es un debate ampliamente trabajado por la teoría crítica a través de las tres generaciones de la Escuela de Fráncfort.

La segunda narrativa que hace posible la relación estratégica entre capitalismo contemporáneo, neocolonialismo y jóvenes es

1 Esta clasificación está inspirada en la obra *Conocimiento e interés* de Jürgen Habermas, la cual ha sido útil para adelantar debates de gran elaboración en el campo de la filosofía de la ciencia.

el consumo. Teorías de gran elaboración, tales como la de sociedad de consumo de Baudrillard (1984) y el concepto de sociedad del espectáculo de Debord (2008), muestran que el consumo es inherente al capitalismo contemporáneo. Sin embargo, más allá de denunciar los componentes ideológicos de la sociedad de consumo, es importante recordar que las nociones de juventud y de jóvenes a lo largo del siglo XX han estado atravesadas por la idea de individuos consumidores de productos, marcas e imágenes que los identifican (Feixa, 2001).

La articulación estratégica a la que se ha aludido asume a los jóvenes como consumidores funcionales que contribuyen a los modos de acumulación, asociados con la superproducción generada en las maquilas (por ejemplo, a través de marcas juveniles de calzado y ropa deportiva) o en las industrias culturales de TV, filmes y videojuegos. En el terreno de las marcas y las imágenes del capitalismo de la afectividad, los jóvenes son asumidos como *targets* privilegiados, constituyéndose en un sector estratégico. Las instituciones, al tiempo, van configurando sus modos de intervención alrededor de este ideal social. Klaudio Duarte lo expresa así:

[...] ser joven, o la vida juvenil, es definida en parte, según la participación en la reproducción efectiva y material del mundo capitalista, tanto en la producción (mañana), como en el consumo (hoy y mañana). De este modo, las instituciones sociales: la escuela, la familia, el trabajo, entre otros, empiezan a moverse en función del desarrollo de esta categoría social (2006, p. 47).

La tercera narrativa es la de su peligrosidad. Se trata de una identificación social

anclada en tipificaciones (Berger y Luckman, 2005) que suelen asociar la figura del joven con el riesgo y la amenaza. Alrededor de este planteamiento, la sociedad adultocéntrica opta por la prevención; esto es, por la generación de disposiciones para anticiparse a las acciones dañinas que trae consigo su inminente riesgo social. En consecuencia, la presencia de la policía en el barrio, el parque, el estadio o la universidad constituye la respuesta de las instituciones para otorgar protección a la ciudadanía, presuntamente amedrentada. En estas prácticas no importa si se vulneran los derechos de estos individuos, pues su existencia social es residual.

La peligrosidad, en las teorías de la violencia o del mal, no siempre supone la existencia de victimarios, afectados psíquicamente, que buscan perpetrar la humanidad del otro. La peligrosidad también constituye un relato estratégico para efectuar la estigmatización. Se estigmatiza al pobre, al campesino, al indígena o al afrodescendiente por no poseer los atributos identitarios del prototipo de sujeto (blanco-mestizo) de la sociedad adultocéntrica. También se estigmatiza a la mujer y al homosexual por no pertenecer a la jerarquía masculina y heterosexual de esta sociedad. Finalmente, se estigmatiza al joven por representar la incompletud y estar ubicado en una línea de subhumanización que lo vuelve objeto de cualquier sacrificio, en caso de ser necesario (Fanon, 2003; Maldonado-Torres, 2007).

2. Desinstitucionalización y adultocentrismo: el joven-sacer del mundo contemporáneo

Señor general, por qué me quiere encerrar, si mi sueño es libertad. Por qué me viene a buscar, no ve que quiero volar, al zion quiero llegar, al calor del amor de jab, y usted no lo puede evitar. Viene con todo su arsenal para atacarme, para decirme que no puedo meditar. No entiendo cuál es su razón. La libertad que usted me ofrece solo es una ilusión. Tanto, tanto tiempo creciendo en mi interior. Ahora viene usted a imponer su prohibición. Usted tiene sus armas, yo tengo mi hierba. Creo en el amor, usted cree en su guerra.

“Cautivo” (De bruces a mí, 2008)

El carácter residual del joven en el orden social colombiano es un asunto calculado. Tanto las tecnologías discursivas como los dispositivos de regulación han asumido históricamente al joven como individuo estratégico para el control social. Se trata de un proceso paradójico de inclusión-exclusión: se incluye por la vía de su intervención mediante la educación, el trabajo, la protección social y su incorporación en las fuerzas armadas, y se excluye a través de una estigmatización social naturalizada, que lo asume como peligroso y generador de riesgo social. Este problema tiene su génesis en la conformación sociocultural y política del orden social.

La configuración del orden social colombiano adquiere sus bases en tres acontecimientos ocurridos en el transcurso del tiempo: después de 1810, la producción de un orden moderno-colonial sobre el que se tejió el ideal de Estado, sociedad y sujetos; la relación entre proyectos he-

gemónicos en disputa y la naturalización del conflicto armado, y la construcción de referentes identitarios alrededor del ideal de la nación, aspecto en el que los medios y las mediaciones (Martín-Barbero, 2003), en la esfera de lo popular y lo masivo, han sido fundamentales.

Sobre el primer acontecimiento se puede señalar que hacia el siglo XVIII, con motivo de la conformación del Estado moderno en Europa y la contundente institucionalización de la sociedad mediante la escuela, la fábrica, la iglesia, las fuerzas militares y las organizaciones higienistas, se consolidó lo que Norbert Elias (1997) llama el proceso de la civilización. El funcionamiento de estas instituciones y sus alcances tienen una historia larga; sin embargo, una de sus características más sobresalientes es el papel regulador que adquirieron tempranamente a través de tecnologías discursivas, agentes y dispositivos que contribuyeron a garantizar sujetos productivos y obedientes.²

Desde una orilla epistemológica distinta, Michel Foucault (2005) ha mostrado cómo las instituciones modernas cumplieron labores seminales en los procesos de domesticación social desde el siglo XVIII. Si bien fueron fomentadas prácticas de saber-verdad promovidas por la figura de las

2 Al referirse al papel que jugó la educación en este proceso civilizatorio, Elias (1997) sostiene que ciertos referentes encarnados en los individuos, como la continencia, la vergüenza y los buenos modelos, constituyeron una condición central para transitar de la época cortesana a la modernidad. Al parecer, la construcción social de la infancia, la familia, las nodrizas y la escuela fue el medio más efectivo para propiciar prácticas orientadas a constituir sujetos garantes del sostenimiento del modelo emergente de sociedad, con rezagos aún del antiguo régimen, pero con potencialidades para consolidar el nuevo orden social.

autoridades y de los expertos, también se desplegó una particular manera de intervenir el cuerpo de los individuos, adscritos a prácticas de individualización, clasificación, jerarquización y buen encauzamiento.³

Además de producir una subjetividad plegada a la productividad y la obediencia en los contornos del hospital, el manicomio, la cárcel, la escuela, el convento, el cuartel militar o la fábrica, el hombre moderno fue objeto de control social en términos más amplios. Según el filósofo francés, no fue suficiente el control y la modelación del cuerpo y la mente de los individuos a través de las operaciones de las instituciones de encierro, sino a través de la gubernamentalidad.⁴

Aunque en Colombia, y de manera más amplia en América Latina y el Caribe, se quiso emular este modelo, el proceso de configuración entre individuos y sociedades trajo consigo otros elementos. Al ser sociedades que pasaron por experiencias coloniales, fue apareciendo un patrón de poder (heterarquía, según Quijano, 2007), que encierra patriarcalismo, sexismo, racismo y clasismo, y que se constituye en colonialidad. Lo más difícil de este fenómeno no es solo que reproduzca las formas de dominación, sino que puede llegar a la cosificación y deshu-

manización del otro (colonizado e inferior) según la mentalidad colonial (Maldonado-Torres, 2007).

El segundo acontecimiento señalado, en relación con el orden social colombiano, está asociado con la articulación entre proyectos hegemónicos en disputa y la naturalización del conflicto. Aunque el conflicto también ha sido una constante en sociedades capitalistas, por ejemplo aquellas que protagonizaron el despliegue de los totalitarismos, en el contexto colombiano este ha sido auspiciado por la élites alrededor de proyectos que se radicalizan (llegando a operar como ideología), pero que también se banalizan (al orientar el ejercicio de la violencia material y simbólica de manera indiscriminada sin importar las consecuencias).

Entre los años cincuenta y setenta, tiempo que comprende lo que se conoce como periodo de La Violencia, las prácticas de deshumanización del otro (partido contrario) fomentaron a la vez el control social. Los gobiernos de aquel tiempo (especialmente los del Frente Nacional) buscaron, mediante los relatos de la reconstrucción nacional, la limpieza y el orden, la conformación de un cuerpo nacional representado en los niños y jóvenes así como en un ejército de trabajadores dispuestos no solo a producir sino a ser ciudadanizados, esto es, civilizados.

Luego del Frente Nacional, experiencia con efectos perversos en la construcción de los imaginarios sobre la democracia en su base nacional, el conflicto armado tomó nuevos rumbos. Además de la lucha entre guerrillas y Estado, se incorporaron en la escena social, económica y política del país el narcotráfico y el paramilitarismo. Al respecto, Daniel Pécaut (2006) señala que estas modifica-

3 En *Vigilar y castigar, el nacimiento de la prisión*, Foucault (2005) plantea el buen encauzamiento a través de tres elementos, propios de las instituciones disciplinarias: la vigilancia jerárquica, el castigo y el examen.

4 La gubernamentalidad (Foucault, 2007) es una práctica de control del cuerpo social implementada por el Estado y ciertos sectores hegemónicos mediante políticas macrosociales, adscritas frecuentemente a dimensiones económicas, políticas, demográficas e higienistas. De este modo, se articulan territorio, riqueza y población como una triada estratégica sobre la que se despliega la administración de la vida y la muerte así como la incorporación progresiva de la excepcionalidad.

ciones de la guerra en Colombia obedecen a circunstancias nuevas: disputas por el territorio en zonas de colonos quienes no poseen títulos de propiedad; alianzas entre grupos armados y carteles del narcotráfico conducentes al control de las rutas del mercado ilegal, y estrategias entre fuerzas militares y grupos de autodefensas para diezmar frentes guerrilleros en ciertas regiones.

En medio de este panorama, propio de los años ochenta y parte de los noventa, las tecnologías de control social se orientaron hacia la defensa de la sociedad a través de la seguridad y la incorporación del país en los discursos de la competitividad, la globalización y el neoinstitucionalismo. En consecuencia, se fue consolidando un proyecto de ultraderecha que se apoyó en nuevas alianzas entre sectores legales e ilegales, grupos paramilitares y clase política, políticos locales y nacionales, y sectores privados y transnacionales.

Así, se evidenciaron sucesos siniestros que, aunque conocidos, han quedado condenados al olvido: se arrasó un partido político de izquierda conocido como Unión Patriótica (UP), dando como resultado la muerte o desaparición de, al menos, 2000 de sus integrantes; fueron aniquilados selectivamente sindicalistas, líderes comunitarios, intelectuales y estudiantes en diversas regiones del país, y grupos paramilitares y guerrilleros, entre 1990 y 2008, ejecutaron cerca de 2500 masacres en el todo el territorio nacional.⁵

Todo este escenario se consolidó mediante la construcción de un imaginario alrededor

de los enemigos de la patria y de la democracia. Mientras que en el caso interno el enemigo es la guerrilla, en el externo los enemigos son aquellos gobiernos de países vecinos que presuntamente la apoyan. Esta es, probablemente, una vuelta hacia el Estado de excepción, especialmente aquel que, a través de la relación amigo-enemigo y el decisionismo político (apoyado en las “razones de Estado”),⁶ introducen la justificación de la normalidad de la excepción y de las medidas antidemocráticas como “mal necesario”.

De este modo el Estado, creado como instrumento para garantizar los derechos y las libertades, se convierte en uno de los principales perpetradores de la vida. En Colombia, este proceso de subhumanización (Fanon, 2003) es algo que se expresa en: crímenes de Estado, como las ejecuciones selectivas a jóvenes entre 1999 y 2011, eufemísticamente llamadas falsos positivos; masacres en las que ha habido connivencia o participación directa de las fuerzas militares y la policía; acciones y omisiones del Estado que permiten la vinculación de los niños, niñas y jóvenes en el conflicto armado.

Finalmente, la construcción de la identidad se constituye en el tercer acontecimiento que ha configurado el orden social colombiano. Aunque este es un tema mucho más amplio, se puede señalar que la identidad nacional no fue construida tal como ocurrió en el mundo occidental. La precarización de las condiciones de vida, el despojo permanente de la tierra y las promesas incumplidas de las élites trajeron consigo

5 Este dato es suministrado por el Grupo de Memoria Histórica, el cual ha realizado la difícil tarea de reconstruir los hechos de varias masacres en Colombia, desde 1989 en adelante.

6 Estos planteamientos fueron desarrollados tempranamente por Carl Schmitt (2006), a quien se le conoce por inspirar regímenes totalitarios en el contexto europeo.

la construcción de identidades artificiales, especialmente ligadas a lo popular-masivo, procedentes de los medios masivos de comunicación, tales como la radio, la prensa y la televisión (Martín-Barbero, 2003).

Generalmente, la identidad nacional busca ser construida mediante los relatos de los héroes de la patria, la identificación de enemigos comunes, la difusión de la verdad frente a regímenes autoritarios pasados, o el fomento de proyectos nacionales democráticos. En Colombia, salvo periodos específicos, como los relativos a la hegemonía conservadora y la república liberal, no ha existido un gran relato que incluya a los diversos sectores sociales, o al menos que los aglutine. Este escenario hace que la identidad sea construida en el espacio de las imágenes, el consumo y lo popular.

Martín-Barbero (2003) muestra cómo esos relatos, que no lograron cristalizarse mediante un proyecto nacional, fueron reemplazados por los discursos y las prácticas procedentes de los medios masivos convencionales. Esto explica por qué, en ciertos momentos de la segunda mitad del siglo XX, la ranchera mexicana fue adoptada como imagen de un hombre dominante (coincidente con la herencia colonial del patriarcalismo), la telenovela llenó el vacío de las mujeres en el espacio público (el cual era absolutamente dominado por hombres) y la opinión de la gran prensa se constituyó en referente de verdad (por ejemplo, las columnas de Calibán en el periódico *El Tiempo*).

Aunque este es un tema que requiere un tratamiento más profundo, en el que también se generan procesos de apropiación y de resistencia desde lo popular-masivo, tal como

lo expone de manera brillante Martín-Barbero (2003), la identidad empezó a ser construida en el ámbito de los significados, los bienes y los productos culturales más sofisticados. En este camino surge lo que en su momento Reguillo (2000) llamó culturas juveniles. Se trata de sujetos que adquieren especificidades en el escenario de lo público mediante modos de expresión que incluyen lenguajes, prácticas y socialidades.

El recorrido por estos tres acontecimientos (configuración del orden moderno-colonial, relación entre proyectos hegemónicos y conflicto, y construcción de la identidad) evidencia el surgimiento de una problemática aún más compleja: un proceso progresivo de desinstitucionalización en el que las personas desconfían de estos dispositivos sociales, pues en lugar de sentirse acogidos deben situarse a la defensiva de estos.

En términos de Richard Sennett (2007), la cultura del nuevo capitalismo se caracteriza por un proceso complejo de desinstitucionalización, en el que las personas se adaptan a las lógicas institucionales pero no confían en ellas. Por esta razón, no solo desaparece la lealtad hacia estas sino que se pierde el ideal de la gratificación por el trabajo bien hecho y las formas de ascenso laboral. Esto hace que las personas se adapten sin que medien vínculos de pertenencia o asociación. A cambio, se profundiza la fractura entre el éxito personal, el progreso institucional y el proyecto social.⁷

7 Según Sennett (2007), la desinstitucionalización es un proceso complejo, directamente relacionado con el cambio de modelo económico que emergió después de Bretton Woods y las modificaciones producidas en el mundo institucional de las empresas y el trabajo. Particularmente, la desinstitucionalización está asociada con tres déficits sociales: la baja lealtad institucional, la disminución de la confianza

A falta de un relato nacional que aglutine, oriente la cohesión social y enfrente el vacío institucional generado tras el enfoque asistencial de las instituciones, surge el riesgo del conflicto social y una atmósfera de desesperanza colectiva. La respuesta es el ejercicio del poder en cualquier instancia de la vida social, como la familia, la escuela, el vecindario, el trabajo o la calle. Este poder se conoce como adultocentrismo.

La heterarquía a la que se refiere Quijano (2007), entendida como un patrón de poder, en este caso está ligada a la configuración de una sociedad adultocéntrica que emerge tras el fenómeno de desinstitucionalización. En este tipo de sociedad se construye un prototipo ideal: hombre adulto, maduro, blanco, burgués e ilustrado por el logos. Aunque también se admite el prototipo del mafioso-narcotraficante, el cual reemplaza los atributos anteriores por el poder del dinero y las armas.

En consecuencia, aquellos que se distancian de estas figuras entran en la esfera de los sistemas de desigualdad e inclusión (señalados al inicio); por ejemplo, las mujeres, los indígenas, los afrodescendientes, los homosexuales, los niños y, por supuesto, los jóvenes. Aunque todos los individuos que no hacen parte de la jerarquía del mundo hegemónico adulto son objeto de inferiorización de diversas maneras, la figura del joven es la más despreciada.

El imaginario social del joven está asociado a su falta de madurez y una vida al extremo. En consecuencia, se admite de manera tácita que este puede ser sacrificado en caso

informal entre los trabajadores y el debilitamiento del conocimiento institucional.

de ser necesario. En un país en guerra este imaginario se vuelve imperativo: el individuo seleccionado para ir a la guerra es el joven, quien no tiene nada que perder, pues no está en la jerarquía del mundo adulto y su futuro es toda una incertidumbre.

En Colombia, de los 450.000 efectivos que constituyen las fuerzas militares, cerca del 90% son jóvenes. Las fuerzas ilegales, a su vez, están conformadas (en un porcentaje probablemente más alto) por niños, niñas y jóvenes. Ante el sostenimiento del conflicto, el cual es estratégico para varios sectores (legales, ilegales, nacionales y transnacionales), y la desinstitucionalización, los jóvenes quedan atrapados en un estado de vacío entre vida y muerte, que legitima tanto el Estado como la sociedad. A este estado vacío Giorgio Agamben (2003) le llama *Homo sacer*, un individuo que se convierte en pura *zoé* y que pierde el carácter de *bios*.

Se trata de una vieja figura del derecho romano arcaico, en la que el sujeto es incluido en el orden social y jurídico del Estado mediante su exclusión, lo que conduce a la posibilidad de su muerte en caso de ser necesario. Uno de los aspectos más importantes de esta hipótesis es que demuestra el carácter paradójico de las instituciones modernas: a la vez que defienden la libertad y los derechos como unos de sus principios fundamentales, emplean medios para dar muerte a sus asociados como medida excepcional que puede volverse permanente.

El *Homo sacer* es un ser aparentemente insacrificable pero susceptible de ser eliminado. En el planteamiento biopolítico de Agamben (2003), quien acude inicialmente a las ideas de Platón y Aristóteles, el ser puede ser asumido como *zoé* o *bios*. *Zoé* expresa

el simple hecho de vivir, común a todos los seres vivos (animales, hombres o dioses), esto es la vida desnuda (*nuda vida*). *Bios*, en cambio, indica la forma de vivir propia de un individuo o grupo. La vida política en el mundo griego, tanto de Platón como de Aristóteles, se basaba en el *bios* en tanto que el término *zoé* carecía de plural. El *bios* descansa en la vida relacional que implica el lenguaje, la política y la ciudadanía.

La comparación entre la figura del *homo sacer* y la vida de los jóvenes en la historia reciente no es nueva. Eduardo Bustelo, de manera rigurosa, la empleó para plantear la siguiente premisa: “Uno podría resumir la *zoé* en sobrevivencia y el *bios* en la ciudadanía y la política” (2007, p. 24). De este modo, se puede concluir que, una vez el sujeto es eximido del *bios* y se ubica como pura *zoé*, aparece la biopolítica, un mecanismo de poder en el que el Estado administra la vida y la muerte. Mientras que en la antigüedad el hombre estaba destinado a la vida política, en la modernidad y en las sociedades moderno-coloniales la política tiene como objeto al ser viviente. Estas aproximaciones conminan a pensar en la existencia del *joven-sacer*.

El *joven-sacer* es un sujeto situado en el mundo adultocéntrico-desinstitucionalizado, que es incluido a la vez para ser sacrificado (en caso de ser necesario) por la vía de la guerra. La respuesta del Estado y de la sociedad es alistarlos para ir a la guerra, bajo el presupuesto del carácter formativo y heroico de dicha incorporación. Por esta razón, la canción del grupo *De bruceas a mí* (2008), epígrafe de este apartado, afirma: “Señor general, por qué me quiere encerrar

si mi sueño es libertad. Por qué me viene a buscar, no ve que quiero volar”.

3. Epílogo: condición juvenil en la polaridad y la fragmentación

*Exigimos que liberen nuestra gente y que nos dejen de matar y secuestrar.
Exigimos condiciones diferentes y las empresas que nos dejen de explotar.
Exigimos que se borren las fronteras y que exista libertad para pensar.
Que se respeten también los animales y que llegue por fin la libertad.
¡RESPETO! por la montaña y que las selvas no se puedan ni tocar.
Que devuelvan toda la tierra y campesino que la vuelva a trabajar.
Exigimos (Dr. Krápula, 2012)*

Durante varios años, en el campo intelectual el concepto de culturas juveniles (Reguillo, 2000) ha sido útil para mostrar la realidad de los jóvenes, más allá de una etapa de la vida o un momento transicional de la niñez a la adultez. Particularmente, Rosana Reguillo y varios investigadores, seguidores de esta perspectiva, se han ocupado de indagar la construcción de identidades y subjetividades en el marco de realidades marcadas por la violencia y la desesperanza. Pese al lugar que ocupa el consumo en esta construcción de identidad, también ha sido recurrente la exploración de manifestaciones culturales que incluyen estéticas del cuerpo, prácticas comunicativas y formas de resistencia que, al parecer, se constituyen en acciones colectivas nuevas.

Sin embargo, la propia Reguillo ha planteado recientemente la necesidad de incluir el concepto *condición juvenil*. Se trata de una categoría sociológica que da cuenta del

“conjunto de formas particulares, diferenciadas y culturalmente acordadas, encargadas de posicionar y delimitar la experiencia social y subjetiva de estos sujetos” (2010, p. 401). Basada en los recientes acontecimientos que rodean la realidad de los jóvenes mexicanos, Reguillo propone tres escenarios que configuran la condición juvenil contemporánea: la diversidad de expresiones productoras de sentido que suelen estar atravesadas por la producción compartida de significados en la cultura; la oferta material y simbólica procedente del mercado y el poder de las asociaciones mafiosas.

Como se puede deducir, la condición juvenil no solo busca reconocer las expresiones simbólicas y materiales que estos poseen en tanto culturas, sino que explicita los modos de existencia de estos sujetos, reconociendo el conjunto de tensiones (públicas y privadas, íntimas y éxtimas, solidarias y autoritarias, legales e ilegales) que atraviesa la construcción de su subjetividad en el diario vivir. Por consiguiente, la condición juvenil es un espacio-tiempo en el que se constituye el sujeto joven, quien construye un modo de existencia en medio de la cultura y el poder. Al respecto, Germán Muñoz señala:

La gran marca que define la generación actual de jóvenes tiene que ver con una época de gran incertidumbre, de crisis estructural y de una profunda vulnerabilidad y precariedad, en dos sentidos: polaridad y fragmentación. En este tiempo han aprendido a ser elásticos, a inventar respuestas: las familias pueden tener infinitas formas; la política se redefine en una banda musical, cantando y bailando en una plaza; la escuela ha dejado de ser un trampolín de ascenso social; el trabajo tiene básicamente un trabajo instrumental. [...] Con creatividad o con ironía esconden la angustia de los caminos sin

salida, del paso caótico a la vida adulta, de la libertad para inventarse otra vida en medio de grandes limitaciones y complicaciones (2011, p. 61).

Siguiendo a Reguillo y a Muñoz, la condición juvenil en la Colombia contemporánea tiene varias posibilidades de ser descrita, lo que sugiere programas de investigación de largo aliento. Sin embargo, de acuerdo con lo señalado a lo largo del texto, se puede afirmar que los jóvenes en el país han construido sus modos de ser sujetos (condición) en medio del orden moderno-colonial (que reproduce el patrón de poder patriarcal, racista y clasista), el despliegue estratégico del conflicto armado (útil para sectores legales e ilegales interesados en su sostenimiento) y la construcción de identidades (que traslapan lo nacional con las imágenes del mercado y los medios).

También se puede señalar que la condición juvenil en la historia reciente de Colombia está atravesada por un proceso de subjetivación en el que la sociedad adultocéntrica ancla al joven en la dimensión puramente biológica de la *zoé*. Por tanto, políticas, planes y programas se ocupan de administrar su sobrevivencia más que de fomentar el carácter relacional en torno a aquello que Agamben (2003) llama *bios*, esto es una vida ciudadana que propicia la toma de decisiones (basadas en la reflexión y la deliberación) en la esfera pública.

Asimismo, esta condición juvenil se sitúa en los discursos y prácticas del adultocentrismo que, pese a su interés por el control social (mediante las narrativas de la preparación, el consumo y la peligrosidad juvenil), no logran ocultar la atmósfera de polaridad y fragmentación que configu-

ran las actuales estructuras sociales. En consecuencia, además de abordar las vidas extremas de pandilleros, guerreros y delincuentes —tal como lo han adelantado con rigurosidad Valenzuela (2009) y Perea (2007), entre otros—, también se requiere estudiar la experiencia juvenil en escenarios como el mundo rural, las cosmovisiones indígenas y afrodescendientes y el trabajo.

En el espacio urbano (lugar en el que mayoritariamente se ha investigado a los jóvenes) deberían estudiarse otros elementos de la condición juvenil contemporánea que están atravesados por las tensiones antes mencionadas. Por ejemplo, es necesario indagar la condición juvenil de los barristas de los equipos de fútbol, de sujetos que optaron por pertenecer a grupos LGBTI, de los grafiteros que exploran formas de expresión en los muros de las calles, de los jóvenes que construyen estilos de vida alrededor del metal, el *hip-hop*, el *reggae*, el *funk* u otras músicas. Asimismo, es esencial comprender los mundos de vida de jóvenes que han decidido participar de acciones colectivas motivados por la defensa de los derechos humanos, el territorio, la educación, la diversidad sexual, entre otras luchas.

Sin embargo, en medio de la polaridad y la incertidumbre que se concreta en la desinstitucionalización, es necesario un nuevo comienzo: la reinención de las instituciones. En términos de Santos (2005), aunque este proceso de reinención parezca una utopía, es fundamental para construir un proyecto social (nacional o plurinacional) que incluya a todos los sectores. Al parecer, en lugar de esperar a reinventar el Estado (asunto fundamental pero de largo aliento), se puede empezar con la redefinición de las

instituciones a partir de la generación de ambientes incluyentes y descoloniales.

En este proceso de reinención, los jóvenes tienen un lugar protagónico, pues de su capacidad de agencia también depende la deconstrucción de los estigmas que pesan sobre su imagen y su cuerpo. Por ejemplo, se requiere de instituciones que acojan sus iniciativas sin prevención, promoviendo opciones para que logren el empoderamiento que inhiben los discursos de su presunta peligrosidad y victimización.

También se requiere de instituciones capaces de responsabilizarlos para generar acciones solidarias en medio de las diferencias de sus mundos de vida. Mientras que las instituciones sigan coartando sus iniciativas y limitando su creatividad, el mercado transnacional y las mafias organizadas seguirán aprovechando para incluirlos por la vía de la violencia y la *nuda vida*.

El interés desmedido del Estado y la sociedad civil por fomentar el adultocentrismo no solo trae como consecuencia la negación de futuros posibles sino que instala un vacío de creatividad y dinamismo que es fundamental para construir sociedades democráticas e incluyentes, en tiempos de capitalismo transnacional y neocolonialismo. Por ahora, la canción de Dr. Krápula (2012) nos puede animar a exigir: “Exigimos que se borren las fronteras y que exista libertad para pensar”. Aunque la frontera (dominante) imponga modos de exclusión, los jóvenes pueden convertirla en otra posibilidad para vivir juntos.

Referencias

- Agamben, G. (2003). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- Baudrillard, J. (1984). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. México: FCE.
- Beck, U. (2008). *La sociedad del riesgo mundial*. Barcelona: Paidós.
- Berger, P. y Luckman, T. (2005). *La construcción social de la realidad*. Madrid: Amorrortu.
- Bustelo, E. (2007). *El recreo de la infancia. Argumentos para otro comienzo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Debord, G. (2008). *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: La marca editora.
- Deleuze, G. (2006). Post-scriptum de las sociedades de control. En Deleuze, G. *Conversaciones* (pp. 266-277). Valencia: Pre-Textos.
- Duarte, K. (2006). *Discursos de resistencias juveniles en sociedades adultocéntricas*. San José de Costa Rica: Editorial Departamento Ecueménico de Investigaciones.
- Elias, N. (1997). *El proceso de la civilización*. México: FCE.
- Escobar, A. (2005). *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá: ICANH y U. del Cauca.
- Fanon, F. (2003). *Los condenados de la tierra*. México: FCE.
- Feixa, C. (2001). Generación arroba. La juventud en la era digital. *Revista Nómadas* 13, 76-91
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. México: FCE.
- Foucault, M. (2005). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Grundy, S. (1994). *Producto o praxis del currículo*. Madrid: Morata.
- Levy, P. (2006). *Cibercultura. La sociedad digital*. Barcelona: Anthropos.
- Maldonado-Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (ed.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 127-168). Bogotá: Siglo del Hombre y U. Central.
- Martín-Barbero, J. (2003). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá: CAB.
- Muñoz, G. (2011). Prácticas política de jóvenes desde abajo y a la izquierda. En Amador, J. C. et al. (comps.). *Jóvenes y derechos en la acción colectiva* (pp. 31-72). Bogotá: U. Distrital y Personería de Bogotá.
- Pécaut, D. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Norma.
- Perea, C. (2007). *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*. México: Siglo XXI.
- Quijano, A. (2007). Colonialidad del poder y clasificación social. En Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (eds.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 93-126). Bogotá: Siglo del hombre y U. Central.
- Rawls, J. (2006). *Teoría de la justicia*. México: FCE.
- Reguillo, R. (coord.) (2010). *Los jóvenes en el México contemporáneo*. México: FCE.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.
- Santos, B. (2005). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Trotta.
- Santos, B. (2003). *La caída del ángelus novus. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá: ILSA, U. Nacional de Colombia.
- Schmitt, C. (2006). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza editorial.
- Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Valderrama, C. (2008). Movimientos sociales: TIC y prácticas políticas. *Revista Nómadas* 28, pp. 94-101.
- Valenzuela, J. (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de los jóvenes en la modernidad*. México: Colegio de la Frontera del Norte.
- Zuckerfeld, M. (2008). Capitalismo cognitivo. Trabajo informacional y un poco de música. *Revista Nómadas*, 28, 52-65.